



ROMANCE TRAGICO

DE

LOS VANDIDOS

DE TOLEDO.



En la cual se refieren los robos y atrocidades que hicieron veinte vandidos que habitaron en los montes de Toledo; con todo lo demas que verá el curioso.

PRIMERA PARTE.

Llamado de su Monarca el andalúz mas valiente, que por sus heroycos hechos deseaba conocerle:

salió de Málaga un dia con la licencia que tiene; lleva su padre consigo porque compañía le hiciese,

y un amigo que en las armas
 fue de mucho valor siempre:
 llegaron hasta Toledo,
 y quisieron detenerse
 á ver la ciudad famosa,
 que deseado lo tienen.
 Paseándose en sus plazas
 ricas, hermosas y alegres,
 oyeron echar un bando
 que atemoriza la gente,
 que en los montes de Toledo,
 dentro de sus tierras tienen
 veinte vandidos, que son
 los verdugos de la muerte,
 caballeros valencianos,
 de aquestos que al Rey no temen,
 que andan robando y matando
 á cuantos van á prenderles;
 y ofrecen tres mil ducados
 á quien los mate ó prendiese.
 Y como no haciendo caso
 de cuanto aquí se refiere,
 salen los tres á otro día
 á caminar como siempre.
 A media tarde llegaron
 á aquel sitio, donde suelen
 lograr sus malos intentos
 aquella perversa gente.
 Mas al pasar de un arroyo,
 que al mismo abismo parece,
 se le pusieron delante
 diez y nueve de los veinte,
 y apuntan con los cañones
 porque mas miedo tuviesen.
 El capitán valeroso,
 sin un punto detenerse,
 echó mano á una pistola,
 y ha dicho de aquesta suerte:

el plomo no me acobarda,
 ni me asombran los valientes,
 que vivo desesperado
 y ando buscando mi muerte;
 y así dejadme pasar,
 porque atrás no he de volverme.
 Se miran unos á otros,
 y con la vista se entienden:
 ¡qué valiente es el rapaz!
 aqueste hombre nos conviene
 traer en nuestra compañía;
 aquí hemos de ver si quiere.
 Todos le dicen, amigo,
 no temas ni desconsueles,
 que todos desesperados
 vivimos de aquesta suerte;
 si quieres estar seguro,
 aquí con nosotros quedas,
 serás nuestro capitán,
 y muy respetado siempre.
 Y él les dice: caballeros,
 de tanta lucida gente
 no puedo ser capitán,
 igual estaré obediente.
 ¿Quién es vuestro capitán?
 Y dicen: aquí no viene,
 que esta mañana robamos
 la prenda mas excelente,
 que en todo el mundo no hay otra
 que le iguale ni empareje;
 y por no poder partirla,
 que es fuerza que entera quede,
 quiso nuestro capitán
 ser dueño de tantos bienes,
 y nosotros por envidia,
 juntos le dimos la muerte,
 y la tenemos guardada
 donde el aire no la ofende,

N. 22219

y la queremos jugar
 esta noche, y echar suertes.
 Ni el cristal, ni el alabastro
 con ella igualarse pueden;
 pero aquel que la ganare
 muy gustoso se la lleve.
 Agradecido les dice:
 vamos á nuestro retrete,
 pues haré que tiemble el mundo,
 y que nuestra fama vuele.
 Le llevan por unos montes,
 tan espesos, que parecen
 sendas del profundo infierno;
 y llegaron donde tienen
 una muy oculta cueba,
 que el sol registrar no puede,
 con sus puertas y sus llaves
 los aposentos que tiene.
 Llegando á la principal,
 vió colgadas las paredes
 de trabucos y escopetas,
 y otros manjares que tienen
 de conejos y perdices,
 pan, carne, vino y aceite,
 que como les cuesta poco,
 todo sobrado lo tienen.
 Se sientan á merendar,
 cara á cara, y frente á frente;
 al capitán todos brindan,
 y él con todos se detiene.
 Acabado de comer,
 dos preguntan; qué os parece?
 saquémosle al capitán
 para que de ver se alegre
 aquesta preciosa joya
 que dentro ese cuarto tiene?
 Se levantó el mas ligero,
 y abriendo de un golpe fuerte

la puerta de un aposento
 lleno de mil lobregueces,
 sacó una tierna doncella,
 en quien divinos pinceles
 el resto de la hermosura
 retrataron, pues la tiene;
 causando envidia á las flores,
 con pasmo de los claveles,
 de cristal y de alabastro
 cosa compuesta parece.
 Los carbunclos de sus ojos
 casi eclipsados los tiene,
 que ya de tanto llorar,
 sangre pura es lo que vierte.
 Modestamente vestida,
 pasma, embelesa, sorprende,
 al paso que su quebranto
 mueve, lastima, enternece.
 Quedó el capitán absorto,
 y de dolor no se mueve,
 disimulando la pena,
 todo en risa lo resuelve.
 Digo que teneis razon,
 y no es mucho encarecerse;
 mil veces será dichoso
 aquel que la mereciere.
 Todos dicen: gran señor,
 recibela por presente;
 porque cuando llega un grande
 adonde vasallos tiene,
 todos le ofrecen la hacienda,
 y esta señora se os ofrece,
 que todos somos gustosos
 que tú solo te la lleves.
 Y agradecido le ha dicho:
 de qué lloras! pues qué tienes?
 cuándo mereciste tú
 verte con tan buena gente?

come, si quieres comer,
y si no, mas que rebientes.
¡O qué corazon tan duro,
le dicen todos, que tiene!
bueno es para nuestro oficio;
otros hay que se enternecen:
si no es soberbio el vandido,
no hará cosa buena siempre.
Por rematar la funcion,
lo que se acostumbra siempre
asi entre gente de rasgo,
un buen tabaco le ofrecen,
mostrándose liberales
con lo que de sobra tienen.
Y cuando todos callaban,
astuto como prudente,
el capitan ha ideado
lo que á su intento compete;
y les dice: caballeros,
todos en aqueste albergue
juntitos os recogeis?
Le dicen: sí, qué os parece?
qué no estamos bien seguros?
Y él responde: no conviene;
si tengo de gobernar
ha de ser de aquesta suerte:
en medio de aquesta breña,
pues tan capaz me parece,
dos á dos en cada choza

muy bien podrán recogerse,
no tan lejos que mi pito
no le oigan cuando suene,
y avisen al mas cercano;
y por lo que sucediere,
al oirlo saldrán armados
pertrechados de esta suerte:
los trabucos y las charpas,
con sus pistolas pendientes,
al rostro las escopetas,
y muera todo viviente.
Tal ánimo les infunde,
que rebientan los valientes,
y le dicen: gran señor,
valiente discurso tienes;
mañana lo hemos de hacer,
pues á todos nos conviene,
y asi las registran todas
para mas bien entenderse.
Y con aquestas palabras
se va el sol, la noche viene.
Dice: yo soy desposado,
pues lo ha querido la suerte;
ninguno salga esta noche,
que tras esta muchas vienen.
Adonde los dejaremos,
mientras el autor previene
darle fin á aquesta historia
en la otra parte que empiece.

FIN.

SEGUNDA PARTE

DE LOS VANDIDOS

DE TOLEDO.



En la que se da fin á esta historia, declarándose como por la industria del capitan fueron cogidos todos, de dos en dos, y presos los condujo á la corte; y echándose á los pies del Rey les consiguió el perdon; como lo verá el curioso.

Supuesto que en la otra parte primera ya se refiere, como el capitan y dama quedaron solos y alegres, y que los demas vandidos en lugares diferentes repartidos se ocultaron, sin que comprender pudiesen, que en hallarse divididos corria riesgo inminente: á la hermosa catalana, amorosa y cortesmente,

el capitan ya nombrado le dice de aquesta suerte: dime, qué motivo ó causa en este sitio te tiene, que si digo lo que siento, me da compasion el verte en lugar tan ignorado, para tí poco decente, y recelo tu desdicha si el cielo no te protege: cuéntame tus infortunios, tu calidad me refiere;

dímelo, no te embaraces
en decir la verdad siempre,
que prometo el ampararte
aunque la vida me cueste.

La hermosa doncella entonces,
formando un silencio breve,
después que con un suspiro
aliento de vida adquiere,
puestos los ojos en tierra
le dice sumisamente:

Yo, señor, soy catalana,
como presente me tienes,
y mi padre es de Toledo,
de los mas nobles que tiene
todo este reino de España,
Don José de Torre y Fuentes;

y mi madre en Cataluña
de los Godoyes descende:
es su nombre Doña Elvira,
por apellido Meléndez,
y Casilda á mí me llaman
por gusto de sus mercedes.

Tiene mi padre en Toledo,
como bien saberse puede,
tres hermanas que son monjas,
y por que las conociese,

de Cataluña á Toledo
pasábamos á meterme
monja, por ser gusto mío,
y aprobarlo sus mercedes.

Esta mañana, señor,
los compañeros que tienes
me robaron de mi padre,
falsos, tiranos y alevés.

Por ser la cuadrilla grande,
no pudieron defenderse:
se fue llorando mi padre,

con seis criados que tiene.
Y así si me has de valer,
como dices y refieres,
hazlo por Dios, que mis fuerzas

es cierto que poco pueden.
Y arrojándose á sus plantas,
en los brazos la suspende:
levanta, que no soy digno
de conseguir lo que quieres;
y pues que Dios te ha criado,

como dices y refieres,
para ser su amada esposa,
dile á tus ojos que cesen
esas perlas que derraman,
que por Dios he de valerte.
Dale ese lecho á tu cuerpo,
que yo sobre este banquete
tengo de pasar la noche
por guardarte y defenderte.

Con estas seguridades,
que aquel capitán le ofrece,
Casilda le da á su cuerpo
reposo, y contenta duerme.
Apenas al otro día
amaneció el claro oriente,
se levantó el capitán

á dar la vuelta á su gente:
se va detrás la doncella
mostrándose muy alegre.

Todos decían, qué linda
nuestra capitana viene!
como han robado la rosa,
á los ojos resplandece.

Ella dice: sí por cierto,
ahora todo son placeres.

Cerró la noche con agua;
como ir á robar no pueden,

se acostaron descuidados,
y así á rienda suelta duermen.

El capitan y su padre,
y el otro amigo que tienen,
con la doncella en la cueva
por mas acierto se meten.

Cuando allá á la media noche,
que en silencio todos duermen,
el capitan se levanta,
y ha dicho de aquesta suerte:

¿dónde estás compañero
tan armado como fuerte?
¿padre de mi alma
vamos á lo que conviene.

Ea, hermosa catalana,
discreta como valiente,
cuida de aqueste candil,
y aquella candela enciende;

vamos á echar la atarraya
para que caigan los peces.
Salen los tres con silencio,
y llegando brevemente

donde están los dos primeros,
dicen: nadie se menee,
y aquel que se meneare,
cercana tiene su muerte.

El buen viejo los maniató,
y todos de aquesta suerte
á la cueva los trajeron,
y en aquel suelo los tienden:

los atan de pies y manos,
y porque seguros queden,
estava la catalana
con dos pistolas pendientes.

Dice: nadie me suspire,
ni llore, ni se lamente,
que le haré saltar los sesos

por cima de esas paredes.

Unos le ofrecen hacienda,
otros alhajas y bienes;

y les dice: caballeros,
guárdelo el que lo tuviere,

que no pienso tomar cosa
de cuanto se me ofreciere.

En unas carrozas grandes
á los vandidos los meten,

y en un caballo andaluz
iba el capitan valiente

con la doncella á las ancas,
y todos de aquesta suerte

caminan hácia Toledo,
y llegando brevemente

á casa de la doncella,
y llamando reciamente

ha salido el padre á abrir:
considere aqui el oyente,

qué gusto recibiria,
tambien su madre y su gente;

y en premio de tal acción,
por esposa se la ofrecen.

El dice: yo no me caso,
pues dada palabra tiene

á otra mejor que no yo,
que es á Dios, y que conviene

el que sea religiosa,
que al Señor nos encomiende,

y á su Madre sacrosanta,
quien á la gloria nos lleve.

Esto supuesto, señores,
perdonen vuesas mercedes,

que yo me voy á dar cuenta
al Rey de toda esta gente.

Con que á Madrid caminando,
llegan á la corte alegres;

y metiendo un memorial,
 como hablar con el Rey quiere,
 de que tuvo ya noticia
 de este vasallo valiente;
 al punto mandó que entrara,
 y obedeció brevemente
 Postrado á las reales plantas,
 le dice el Rey, qué se ofrece:
 y él con ánimo invencible
 respondió de aquesta suerte:
 Monarca invicto, escuchadme:
 has de saber ciertamente,
 que los hombres que aqui traigo,
 son los vandidos valientes,
 que en los montes de Toledo
 robando andaban la gente.
 El Rey le dió por respuesta:
 albricias, pedirme puedes,
 vasallo leal de España,
 y haz de ellos lo que quisieres.
 Lo que yo quiero, señor,
 que á todos ellos se entreguen
 sus haciendas y caballos,

y se vayan libremente.
 El Rey se lo concedió;
 y á él por hombre eminente,
 que Virrey de Cataluña,
 por toda su vida quede.
 Esta es la célebre historia
 del Andaluz mas valiente,
 cuyas proezas insignes
 tales premios le merecen;
 y cuyo ardid animoso
 á rendir fue suficiente
 la desordenada furia
 de aquellos vandidos fuertes,
 que en los montes de Toledo,
 formando escondido albergue,
 osados y temerarios
 insultaban á las gentes.
 Y pues el fin de esta historia
 lo saben ya mis oyentes,
 en ella tomen dechado
 los que de guapos se precien;
 y al auditorio le ruego
 que mis defectos tolere.

FIN.

VALENCIA.

IMPRESA DE LABORDA, CALLE DE LA BOLSERÍA, NÚM. 18.

*Se hallará en su Librería con un buen surtido de retacería, es-
 tampas pintadas y negras, comedias, sainetes, y unipersonales.*